



VI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

13 de febrero de 2022

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.... **R/ Amén.**

El Señor, que dirige nuestros corazones para que amemos a Dios, esté con todos vosotros.

R/ Y con tu Espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

Nos reunimos de nuevo en este domingo, y, como cada año, el segundo domingo de febrero celebramos la Campaña 63 contra el Hambre en el mundo, que lleva por lema: “Nuestra indiferencia los condena la olvido”. El mensaje de Jesús, su Palabra, se dirige a los pequeños, a los humildes, a los pobres. Es un mensaje de esperanza que recibimos mientras caminamos por este mundo, con tal que lo sepamos acoger y poner en práctica. Vivamos pues esta eucaristía, que es un encuentro con el Señor, que viene a nuestra vida.

Nos sentimos unidos y oramos unos por otros. Con esta fe y con espíritu de acción de gracias confiando en el Señor, comenzamos nuestra celebración.

[CANTO]

ACTO PENITENCIAL

Pedimos perdón al Señor y confiamos en su misericordia.

. - Tú eres la Palabra de Dios, la verdad sin error,

R/ Señor, ten piedad.

. - Tú eres la ley de Dios, el camino seguro,

R/ Cristo, ten piedad.

. - Tú eres el Hijo de Dios, la vida en plenitud,

R/ Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna

GLORIA

GLORIA a Dios en el cielo,
y en la tierra paz a los hombres
que ama el Señor.

Por tu inmensa gloria te alabamos,
te bendecimos, te adoramos, te glorificamos,
te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial,
Dios Padre todopoderoso.



Señor, Hijo único, Jesucristo.
Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre;
Tú que quitas el pecado del mundo,
ten piedad de nosotros;
tú que quitas el pecado del mundo,
atiende nuestra suplica;
tú que estás sentado a la derecha del Padre,
ten piedad de nosotros;
porque sólo tú eres Santo,
sólo tú Señor,
sólo tú Altísimo, Jesucristo,
con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre.
Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh, Dios, que prometiste permanecer
en los rectos y sencillos de corazón,
concédenos, por tu gracia, vivir de tal manera
que te dignes habitar en nosotros.
R/ Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

Primera Lectura

Lectura del libro de Jeremías (17, 5-8)

Así dice el Señor: «Maldito quien confía en el hombre, y en la carne busca su fuerza, apartando su corazón del Señor. Será como un cardo en la estepa, no verá llegar el bien; habitará la aridez del desierto, tierra salobre e inhóspita. Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza. Será un árbol plantado junto al agua, que junto a la corriente echa raíces; cuando llegue el estío no lo sentirá, su hoja estará verde; en año de sequía no se inquieta, no deja de dar fruto.»
¡Palabra de Dios! **R/ Te alabamos, Señor.**

Salmo responsorial Sal 1, 1-2.3.4.6

R. Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor.
R/. Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor.



Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos,
ni entra por la senda de los pecadores,
ni se sienta en la reunión de los cínicos;
sino que su gozo es la ley del Señor, y medita su ley día y noche.
R/. Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor.

Será como un árbol plantado al borde de la acequia:
da fruto en su sazón y no se marchitan sus hojas;
y cuanto emprende tiene buen fin.
R/. Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor.

No así los impíos, no así;
serán paja que arrebatara el viento.
Porque el Señor protege el camino de los justos,
pero el camino de los impíos acaba mal.
R/. Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (15, 12.16-20)

Si anunciamos que Cristo resucitó de entre los muertos, ¿cómo es que dice alguno de vosotros que los muertos no resucitan? Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y, si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido, seguís con vuestros pecados; y los que murieron con Cristo se han perdido. Si nuestra esperanza en Cristo acaba con esta vida, somos los hombres más desgraciados. ¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos: el primero de todos.
¡Palabra de Dios! **R/ Te alabamos, Señor.**

[Canto del Aleluya]

EVANGELIO: Lectura del santo evangelio según san Lucas (6, 17.20-26)

En aquel tiempo, bajó Jesús del monte con los Doce y se paró en un llano, con un grupo grande de discípulos y de pueblo, procedente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón.

Él, levantando los ojos hacia sus discípulos, les dijo: «Dichosos los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Dichosos los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados. Dichosos los que ahora lloráis, porque reiréis. Dichosos vosotros, cuando os odian los hombres, y os excluyan, y os insulten, y proscriban vuestro nombre como infame, por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo. Eso es lo que hacían vuestros padres con los profetas.



Pero, ¡ay de vosotros, los ricos!, porque ya tenéis vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados!, porque tendréis hambre. ¡Ay de los que ahora reís!, porque haréis duelo y lloraréis. ¡Ay si todo el mundo habla bien de vosotros! Eso es lo que hacían vuestros padres con los falsos profetas.»

¡Palabra del Señor! **R/ Gloria a Ti, Señor Jesús.**

Nos sentamos para la reflexión sobre las lecturas que acabamos de escuchar.

VI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO–CICLO C - LUCAS (6, 17.20-26):

El evangelista san Lucas narra que Jesús curó a un leproso y a un parálítico como signos de la nueva vida que llega con el Reino de Dios. Luego, llamó a un notable recaudador llamado Leví y a otros compañeros suyos para que se unieran al grupo de los discípulos, como signo de que con el Reino de Dios llega también su misericordia hacia los pecadores. Y a continuación, recogió las primeras controversias serias de los fariseos con Jesús a propósito de sus curaciones y de la acogida de los pecadores. En este contexto, Jesús bajó del monte y pronunció el llamado “sermón de la llanura” ante «un grupo grande de discípulos y de pueblo, procedente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y Sidón». Es una narración paralela de la del llamado “sermón de la montaña” que narra el evangelista san Mateo. Ésta de san Lucas contiene cuatro bienaventuranzas y otros tantos lamentos.

Tanto las bienaventuranzas como los lamentos tienen el tono de los antiguos profetas, que sentían en sus entrañas el dolor de Dios por el sufrimiento de sus hijos. Ante el engaño de poner la confianza en las riquezas, tan frecuente en los seres humanos, Jesús quiso desengañarnos y nos puso en guardia ante la actitud cerrada de los fariseos y escribas, que miraban con lupa todo lo que Él hacía con la intención de encontrar motivos con los que desautorizarlo ante la gente. En estas bienaventuranzas y lamentos resuenan las palabras del profeta Jeremías, que hemos escuchado en la primera lectura, «¡Maldito quien confía en el hombre, y en la carne busca su fuerza, apartando su corazón del Señor! ¡Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza!».

Jesús dijo que son bienaventurados los pobres, los hambrientos, los que lloran, los perseguidos. Su situación es agobiante, pero Él quiso levantarles el ánimo y los llamó bienaventurados, porque cuando Dios reine, cada cosa estará en su sitio. Ahora, esos pobres son el resultado de una sociedad injusta, en la que una pequeña porción de la humanidad acapara el trozo más grande de la tarta mundial y deja para la mayoría unas ridículas migajas. Al hacer esto, los “ricos”, es decir, los que tienen puesta toda su confianza y seguridad en los bienes de este mundo, se dejan engañar por el espejismo de pensar que, con el dinero y el poder, tienen asegurada la felicidad. Recordemos la parábola, narrada también por el mismo evangelista, de aquel rico insensato que pensó que, por haber obtenido una magnífica cosecha, ya tenía la vida resuelta, y aquella noche murió. ¿Quién se benefició de todo lo que había atesorado?



Hoy, “Manos Unidas”, que como sabemos es la ONG de la Iglesia para luchar contra el hambre, realiza la campaña anual con el lema “Nuestra indiferencia los condena al olvido”. En el año 2020 había 1.300 millones de hermanos nuestros sufriendo pobreza severa; en este año habrán aumentado en 500 millones más a causa de la pandemia del coronavirus, que les ha atacado como a todos nosotros, pero ante el cual están mucho más desprotegidos. Y millones de estos hermanos no tienen nada que llevarse a la boca cada día. Al escuchar las bienaventuranzas y lamentos del evangelio de este domingo, no podemos ignorar esta situación. Hemos de ser responsables y generosos en la colecta de esta jornada.

Jesús también llamó bienaventurados a los discípulos perseguidos: «Dichosos vosotros cuando os odien, y os excluyan, y os insulten por causa del Hijo del Hombre... Alegraos...» ¿Por qué han de alegrarse? Porque la persecución pone de manifiesto su fidelidad a Dios y han alcanzado la paz. La experiencia de nuestros mártires lo confirma sobradamente. No veamos en estas bienaventuranzas y lamentos un consuelo barato. El apóstol san Pablo, en su carta a los Corintios, que hemos escuchado en la segunda lectura, reafirmó con el testimonio de su vida que la resurrección de Jesús fue un hecho tan real como la vida misma. Esta resurrección ha cambiado el curso de nuestras vidas, puesto que, si Jesús resucitó, también nosotros viviremos con Él. ¡Cristo resucitó de entre los muertos: el primero de todos! Él nos dice que otro modo de vivir es posible y garantiza nuestra esperanza.

Pedro Escartín Celaya

Nos ponemos de pie y juntos recitamos el Credo, el fundamento de nuestra fe:

Credo de los Apóstoles

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN DE LOS FIELES:

Oremos al Señor, nuestro Dios. Dichosos los que ponen su confianza en Él. Repetimos después de cada petición: **Te rogamos, óyenos.**

1.- Oremos por los que en la Iglesia dedican su vida al servicio de los más necesitados, para que su dicha y abnegación sirva de estímulo, oremos: **R/ Te rogamos, óyenos.**



2.- Por los que acumulan riqueza, insensibles al mundo de la pobreza, para que al menos sepan que los pobres están a la puerta y aguardan las migajas de su banquete, oremos: **R/ Te rogamos, óyenos.**

3.- Por los pobres, los que pasan hambre, los que lloran, los despreciados, para que puedan entender las bienaventuranzas, oremos: **R/ Te rogamos, óyenos.**

4.- Por Manos Unidas y por la labor que realiza en sus proyectos en todo el mundo, para que nos ayude a todos a no ignorar las situaciones de sufrimiento o de pobreza, oremos: **R/ Te rogamos, óyenos.**

5.- Para que nuestra comunidad cristiana sepa acoger la Palabra de Dios y ponerla en práctica, oremos: **R/ Te rogamos, óyenos.**

Escucha, Señor, nuestra oración y ayúdanos para que nunca nos apartemos del cumplimiento de tu voluntad. Por Jesucristo nuestro Señor. **R/ Amén.**

[Finalizada la oración de los fieles, el animador toma la reserva Eucarística y la pone sobre el altar. Mientras colocamos la reserva eucarística sobre el altar, los feligreses pueden permanecer sentados o de rodillas. CANTO]

RITO DE COMUNIÓN.

Antes de participar en el banquete de la Eucaristía, signo de reconciliación y vínculo de unión fraterna, oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:

Padre nuestro, que estás en el cielo...

[Tomando en las manos la sagrada Eucaristía y elevándola, el animador dice:]

Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la Cena del Señor...

[Distribución de la Sagrada Eucaristía. CANTO]

ORACIÓN FINAL

Te damos gracias, Señor,
porque nos has concedido participar en este domingo en esta celebración.
Te pedimos que sepamos hacer del domingo
el día del descanso, de tu alabanza y de caridad con todos. **R/ Amén.**

Despedida

Y terminamos alabando juntos a la Santísima Trinidad: Gloria al Padre...

El Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna. **R/ Amén.**
Bendigamos al Señor. **R/ Demos gracias a Dios.**